



Carlos y La Señorita, Amantes

POR ANTONIO AVARIA

UNA historia de amor, y conmovedora, es esta breve novela póstuma de Carlos Droguett. De estilo torrential, acazante, evoca un autor de estudiante pobre, en Santiago, primeros años de los treinta. Un cuartucho con claraboya en la calle Copiapó, el paso de un liceo nocturno y los bares de San Diego, tercera cuadra, la Biblioteca Nacional, componen el escenario. Un profesor siempre de luto y arremozado, predicador pero no practicante del suicidio, un amigo alevoso y borrachón y dos adolescentes —la señorita Lara y Carlos, el narrador— arman la galería de personajes. Memorable retrato de esa muchacha llena de soledad, altivez, desencanto y bondad, sensual e infeliz. Las referencias al mundo exterior, a los acontecimientos contemporáneos, son prácticamente inexistentes, pero es fuerte y sólida la atmósfera cargada de toses, humo de cigarrillo, olores a vino y sándwiches baratos, a calles mojadas por la lluvia, a divagaciones de estudiantes achispados, a reflexiones de pesimismo adolescente. La historia se inicia cuando "la divisa caminando pausado como una profesora en espera de su desgracia, quizás como una empleada de ferrocarril o de telégrafo por cuyos oídos pasan ruidos de trenes y de telegramas". Esa intencionalidad sentimental en la descripción, tan propia del arte romántico, colorea el relato de punta a punta, con tanta insistencia como aquel clásico ejemplo de exceso de subjetividad: *color amara mediando su crímen*.



Un hombre de edad media, próximo a casarse, evoca este recuerdo indeleble de su juventud, la señorita Lara. La narración reproduce el rápido fluir de la conciencia del monólogo, omitiendo explicaciones innecesarias y la puntuación convencional, con imágenes

aceleradas, en apariencia de emersación caótica, pues se ve al autor, así lo confesó alguna vez, "como un ciego debatíendome entre las alambradas de púa del idioma". El muchacho estaba en la edad en que todas las mujeres lo hacían sufrir, "todas me daban miedo o desconfianza, hasta entonces no había tenido un profundo ataque de amor, de celos, de apasionado duelo, no sabía lo que era sufrir por una mujer".

El joven trabaja hasta las cinco de la tarde en un diario de la calle Arturo Prat, y antes del liceo vespertino pasa cada día unas dos horas en el salón grande de lectura de la Biblioteca Nacional, "a esperar que se insinuara el amanecer en los vidrios" y a esperar a la señorita Lara, quien trae la humedad fragante del cerro Santa Lucía y el Forestal y propiamente no se esta noche a clases. Al salir, ya va periódico en volcodo en el centro de la ciudad de Santiago, trasfondo espacial de este relato, que no omite mención a los prostíbulos, entonces, de Eleuterio Ramírez y Ricantén, a "las patinadoras de la iglesia de San Francisco", la calle Carmen perdiéndose hacia el sur, la modesta pensión donde vive la muchacha, en Santa Rosa pasado Santa Elvira.

Lenguaje vivo, punzante, con oleadas de intento lirismo, con ternura y comprensión hacia las noches solitarias del adolescente, caminando, por ejemplo, por una calle llanera con sus edificios y cines y oficinas cerradas, sus perros famélicos, su pordiosero en su rincón, sus prostíbulos distribuyéndose retazos de luz y sombra, y "un borracho muy delgado y

muy digno en su abrigo de gabardina, orinaba a la luz de la noche, el resibo de su cuerpo producía —más que repudio y asco— una gran dignidad, deseos de lavar, deseos de echarlo a la basura, me fui caminando sin desear llegar a mi casa, con una fuente de soda de la calle San Diego pedí un café puro, bien caliente". Este estilo, motejado "de ecabilla" con cierta ruinidad, cobra sentido en la pluma efímera e inextinguible de Carlos Droguett.

El autor escribe este texto tan chileno, tan santiaguino, nada menos que en la Suiza alemana, contrastando que se explica porque nuestro Premio Nacional de Literatura 1970 debió pasar, sin jamás proveerlo, los últimos veintidós años de su vida en tierra muy ajena y exiliada. Apunta que terminó la breve novela el domingo 16 de diciembre de 1979 en Berna. Tal como durante casi todos los días de su exilio, había comenzado a trabajar a las ocho de la mañana, "amarrado al duro banco", como ese forzado galeote del asilencioso romance de Luis de Góngora.

LA SEÑORITA LARA

Carlos Droguett,
LDM Ediciones, Santiago,
2001, 77 páginas.



Carlos y La señorita, Amantes [artículo] Antonio Avaria.

Libros y documentos

AUTORÍA

Avaria, Antonio, 1934-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos y La señorita, Amantes [artículo] Antonio Avaria.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile